

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO

“Los efectos psicológicos del discurso actual del capitalismo”

16 DE FEBRERO DE 2012



MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO

Manuel Fernández Blanco es psicoanalista y psicólogo clínico. Adjunto del Servicio de Psiquiatría en el Complejo Hospitalario Universitario de A Coruña. Ha sido Presidente de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis, Secretario del Bureau de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, y miembro del Consejo de la Escuela Europea de Psicoanálisis. Es el Director de la Clínica del Campo Freudiano en La Coruña y docente internacional del Instituto del Campo Freudiano. Ha sido secretario del Comité Internet de la AMP y, actualmente, es el secretario de redacción de *Le journal de l'AMP* (publicación multilingüe de la Asociación mundial de psicoanálisis). Es autor de numerosas publicaciones, de difusión internacional, en el ámbito del Psicoanálisis y de la Salud Mental. En marzo de 2010 ha sido publicado su libro sobre *La repetición como concepto fundamental del Psicoanálisis*. Es también colaborador de la Sección de Opinión del diario La Voz de Galicia bajo el título de *Los síntomas de la civilización*, y del programa de debate Vía V, de V televisión.



LOS EFECTOS PSICOLÓGICOS DEL DISCURSO ACTUAL DEL CAPITALISMO

El capitalismo ha mutado. Históricamente, como sistema, no es el mismo desde la caída del Muro de Berlín en 1989. En ese momento se erigió como sistema único, sin un contrario que permitiera una dialéctica. Esa dialéctica permitía oponer la sociedad del bienestar, nacida del discurso de la socialdemocracia, a la economía planificada. El capitalismo defendía su superioridad moral, en el ideal de libertad de iniciativa, pero también su superioridad económica y social, cuando podía demostrar que vivía mejor un parado en un país capitalista desarrollado que un trabajador en un país del llamado socialismo real. El triunfo del capitalismo como sistema único parecía asegurarle China con su incorporación decidida a la economía global con una fórmula que le garantiza un éxito inquietante. Este éxito está basado en que es un país que mantiene el control autoritario a la vez que promueve la desinhibición del consumo. Por eso China es la potencia emergente y se ha convertido en el principal acreedor de Estados Unidos por la compra de su deuda pública.

Además de los cambios históricos, derivados de convertirse en el discurso único, el capitalismo ha mutado en cuanto a su lógica económica. En poco tiempo hemos pasado del capitalismo de producción clásico, que procuraba a los obreros un salario precario, de subsistencia, para extraerles la mayor plusvalía posible, a la cultura del capitalismo de consumo, que exigía que el trabajador ganara un salario que le permitiera integrarse en el universo del placer que se hacía equivalente al acceso a los objetos del consumo: la felicidad estaba a la venta en las estanterías del mercado global. Se inauguraba así un nuevo hedonismo inédito hasta el momento: el hedonismo de masas. Por otra parte, el llamado Estado del bienestar parecía garantizar nuestra protección social ante cualquier tipo de dificultad o contratiempo.

Pero el capitalismo de consumo ha sufrido recientemente una mutación interna. El mundo globalizado, y la rapidez hasta ahora inédita de los cambios generados por los flujos capitalistas especulativos, ha promovido una nueva versión del capitalismo: el capitalismo financiero-especulativo.

¿Cómo analizar desde un punto de vista psicoanalítico estos cambios en la civilización? ¿Qué incidencias subjetivas tiene el discurso capitalista actual en el sujeto contemporáneo? ¿Qué psicopatologías promueve? El objetivo de esta conferencia es el de proponer algunas humildes respuestas a estos interrogantes. Para ello, comenzaré refiriéndome al filósofo francés Bernard Stiegler, quien define, tomando apoyo en los conceptos freudianos, al sistema económico actual como el del capitalismo pulsional. El psicoanálisis ha esclarecido cómo en el ser humano la búsqueda compulsiva de la satisfacción puede llevar a la autodestrucción, como el hedonismo es la otra cara de la pulsión de muerte.

Cada vez que sale a la luz un escándalo de corrupción económica comprobamos cómo se puede pasar del lujo y la ostentación a la cárcel, o del prestigio social e intelectual, como gurú de las finanzas, al rechazo global. Comprobamos cómo las últimas derivas del sistema económico, y las conductas de voracidad de algunos de los tenidos por sus más eminentes gestores, han logrado lo que la izquierda marxista había dado ya por una batalla perdida: que se pudiera llegar a cuestionar, a estas alturas de la historia, el sistema capitalista. Esta es la paradoja: los más fervientes defensores del libre mercado son los que han provocado el intervencionismo estatal.

El capitalismo no está en crisis como consecuencia del cuestionamiento político e ideológico de sus enemigos. El capitalismo actual está enfermo de sí mismo, de su impulso a la autodevoración. El capitalismo de producción admitía la posibilidad de sostenerse en ideales como el progreso material y social, el espíritu emprendedor o la creación de empleo y bienestar. Pero el capitalismo ha mutado y el sistema actual ha roto de modo alarmante el equilibrio entre producción y conservación. En este recorrido se ha perdido el saber hacer y el saber vivir. El saber hacer porque el saber pasa a las máquinas (quizás lleguemos a comprar coches que no necesitarán que nosotros los pilotemos); y el saber vivir porque el sujeto actual se sostiene en la necesidad del consumo compulsivo, en las conductas adictivas.

El ofrecimiento continuo de objetos plus-de-goce disponibles para todos borra la singularidad. Por eso la universalización del objeto contribuye a la soledad del sujeto. Sirva como ejemplo el caso de los hikikomori en Japón. Son 1.200.000 sujetos entre 14 y 30 años. Es decir, en Japón, 1 de cada 10 jóvenes vive recluido en su habitación, en un universo de multiconexión virtual pero evitando las relaciones reales. Es la paradoja de que la interconexión universal, múltiple e instantánea, puede ir de la mano del aislamiento y de la soledad. Los hikikomori son la expresión más radical de este fenómeno pero, sin llegar a ese extremo, tenemos los adictos a Internet, los adictos al sexo, los adictos al móvil, los chateadores de la madrugada, los compradores compulsivos, etc. Este modelo de civilización produce un efecto de fatiga al quedar capturado el sujeto por los objetos de los que se hace dependiente. La dependencia implica la prevalencia de síntomas más vinculados al narcisismo y a las patologías de la impulsividad y de la inmediatez.

Nuestra economía funciona, como el sujeto hipermoderno, en base al pasaje al acto. Se basa en la búsqueda de la satisfacción inmediata, aunque eso lo aboque a la autodestrucción.

La caída de los ideales y el declive de los discursos tradicionales conducen a la puesta en primer plano del objeto de goce y la relación de dependencia. La economía libidinal respecto de los bienes y su uso se ha modificado porque la compulsión consumista no es el deseo ni el placer, que siempre está ligado a la medida y al límite; es el empuje a la acumulación de los objetos que propone el mercado ignorando que el deseo no vive de objetos. El sujeto actual, en una especie de bulimia generalizada, consume sin poder parar incluso lo que no necesita para luego vomitarlo, confrontándose al vacío. Cuanto más vacío existencial, más atracción. Por eso se consume también lo que se detesta: la gente cada vez pasa más horas viendo programas de televisión que dice aborrecer. Se intoxican así del opio de sus propias endorfinas y adormecen cualquier deseo que pudiera despertarlos. El empuje al consumo y al éxito material ha destruido el deseo. Antes por el exceso, ahora por la privación.

El ciudadano ha dejado su lugar al consumidor; por eso los derechos del ciudadano han cedido su protagonismo a los derechos del consumidor. Esto contamina todos los ámbitos, incluido el sanitario, donde el paciente, en el lenguaje de los gestores, ha pasado a denominarse cliente. Las consecuencias de esta dinámica alcanzan el ámbito del saber. La sabiduría ha dejado de ser un ideal, porque sólo tiene valor el saber operativo, el saber del funcionamiento, en muchas ocasiones absolutamente limitado y empobrecedor. Por eso vivimos la edad de oro de los protocolos.

La destrucción del deseo conduce a que lo pulsional se manifieste sin contención en la clínica, pero también en la opinión pública que cada vez más, bajo la coartada de lo políticamente correcto, procede al linchamiento de cualquier voz que se aparte del criterio establecido. Así convive la exhibición mediática sin velos del goce sexual, o del goce del horror y de la muerte, con el autoritarismo incorporado representado por la opinión conveniente.

El ideal se anula por su pluralización ilimitada y porque entra en el registro de la paradoja posible. Recordemos a Pekka-Eric Auvinen, el asesino múltiple finlandés, que se definía como un humanista antihumano y como un ateo endiosado. Si toda identificación es posible, no hay identificación. Esta nueva forma de ideal está al servicio de adaptarse al goce particular. Al permitir la paradoja, cortocircuita el conflicto. Por eso, con el final del siglo XX, la problemática de la represión deja de ser central y las patologías que dominan la escena no son ya tanto las patologías neuróticas producidas por la represión de la libido, son las patologías de la impulsividad producidas por el *Just do it* ("Simplemente hazlo"), como nos recomienda Nike, o *Impossible is nothing* ("Nada es imposible"), como afirma Adidas. Esta lógica hace variar la relación del sujeto con el objeto. El sujeto queda subordinado al objeto, seducido por el objeto de satisfacción siempre posible.

Si la movilización general es hacia el consumo, el sueño ya no es de liberación sino de satisfacción individual. Por eso todo adquiere un estilo adictivo en nuestra civilización. Lo que podemos ver en las adicciones, en la búsqueda de satisfacción en las sustancias y en los objetos tecnológicos, es el intento de suplir la imposibilidad de satisfacción plena, que es consustancial al ser humano. El sujeto actual demanda al mercado, a la ciencia y a los poderes públicos que cumplan su promesa de felicidad. Sin embargo la administración que hace la sociedad tecnológica actual, producto del matrimonio entre el capitalismo y la ciencia, de los objetos de satisfacción y de los remedios al malestar, ha instalado en la civilización la angustia y la depresión generalizada.

La clave del choque de civilizaciones, tal como ha puesto de relieve Jacques-Alain Miller, es la oposición, la incompatibilidad, de la civilización religiosa (dominada por el Ideal) y la civilización mercantil del empuje al goce. La civilización mercantil, la nuestra, estigmatiza a la religiosa como fanática y la religiosa a la mercantil como perversa y degradada.

La civilización global se caracteriza por la pasión por los objetos propuestos por la sociedad del mercado. Se trata, en el hedonismo contemporáneo, del goce ininterumpido (aunque sea el del trabajo, el de la adicción al trabajo). La propuesta del capitalismo es la de que hay objetos para la satisfacción. Ese es el fantasma del capitalismo: hay objeto, en el régimen del tener. Pero, en ese registro, todos los objetos son perecederos y generadores de insatisfacción. La respuesta del capitalismo es la novedad, la novedad misma como objeto de goce, ante la caducidad crecientemente acelerada de los objetos que propone para la satisfacción.

En la sociedad tecnológica renovar es una exigencia. Por eso podemos entender esta propuesta como una metáfora de los tiempos. El empuje a la innovación vuelve caducos los objetos pero también a las personas reducidas a recursos humanos. Actualmente, la experiencia y la sabiduría no importan demasiado. El mundo no es para los sabios, es para los hiperactivos dominados por la bulimia de la rentabilidad. El saber tecnológico, la operatividad y el funcionamiento, confundidos con el progreso, eclipsan todo aquello que escapa a la inmediatez y a la cuantificación. El resultado es la pérdida del equilibrio entre tradición e innovación.

En la época en la que no se cree en nada, florece una nueva religión mayoritaria: la de los que rinden culto al I+D+i. Todos lo citan. Es el nuevo Becerro de Oro. Por supuesto que es necesario investigar e innovar para mejorar la calidad de vida, la salud y el bienestar general, pero la versión más común del I+D+i es la puramente mercantilista de la que ni siquiera se salva la investigación biomédica.

La situación económica por la que atravesamos ha despertado las conciencias dormidas respecto a la vertiente inhumana y sin ley del capitalismo. Desde el papa Benedicto XVI hasta algunos banqueros como Botín, muchos son los que sitúan en el origen de la crisis económica actual un problema moral ligado a los excesos y la per-

dida de referentes. No creo que la actualidad del capitalismo sea inhumana, más bien es “demasiado humana”, como diría Nietzsche. El capitalismo actual se comporta como el sujeto actual porque la lógica colectiva siempre es idéntica a la individual, como esclareció Freud en su ensayo sobre *Psicología de las masas y análisis del yo*.

Hoy en día los entusiastas del bien común escasean. La inmediatez en la búsqueda de la satisfacción individual prima sobre cualquier otro criterio. Por eso las argucias de muchos listillos de las finanzas han provocado un desastre general. Pero, como estos listillos son hijos de su época, demandan a los poderes públicos que sigan garantizando su felicidad privada bajo la fórmula: el goce para mí, el problema para todos.

Algo ha cambiado radicalmente en el tránsito del capitalismo productivo al capitalismo especulativo. Entre otras cosas, como ha analizado Richard Sennett en su libro *La corrosión del carácter*, sobre las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo, en el tránsito del capitalismo productivo al financiero, valores clásicos como la antigüedad en la empresa o la experiencia profesional misma han pasado a ser más un lastre que un valor. La experiencia no es valorada porque hace al trabajador menos moldeable y dócil al cambio de trabajo, de cargo, o de función. Esto hace entrar en crisis la idea tradicional de profesión ligada a una vocación o a un modo de vida. El nuevo capitalismo exige al trabajador que sea tan cambiante como los tiempos y que se adapte a la movilidad y a la precariedad. Por eso muchas empresas jubilan la experiencia. Para los nuevos líderes del capitalismo impulsivo pensar es una pérdida de tiempo y el saber acumulado carece de importancia ante la fascinación por lo nuevo. En las manos de estos maquinistas, el tren solo se detiene cuando descarrila.

Del año 2008 hasta el 2011, 58 empleados de France Télécom se suicidaron. Muchos de ellos en el puesto de trabajo. Cuando ya se había iniciado la ola de suicidios, una de las direcciones territoriales de esta multinacional de telecomunicaciones publicaba una oferta de trabajo. Se buscaban vendedores “proactivos”, “tecnófilos”, y, sobre todo, “resistentes al estrés”. Vemos cómo para algunos tecnócratas sin escrúpulos la solución no pasaba de ningún modo por cuestionar sus prácticas de gestión laboral, sino por reclutar personal que aguantara todo. Estos 58 suicidios se han producido entre los trabajadores de una empresa moderna, donde se respeta la legalidad y operan los sindicatos. ¿Cómo explicar este fenómeno?

En nombre de los nuevos ideales de gestión económica se ha instalado en nuestra civilización un discurso que nadie cuestiona, ni siquiera claramente los sindicatos. Los modernos gestores hablan todo el tiempo de eficacia, eficiencia, excelencia o calidad total. En nombre de estos principios, supuestamente encaminados a mejorar la productividad y la rentabilidad, se instala al trabajador en la urgencia permanente. Se trata de la gestión por el estrés o, en términos coloquiales, de “meter presión”. Esta presión se desplaza en las organizaciones: porque el que exige es, a su vez, el

más exigido como mando intermedio. Por otra parte, la evaluación individual de los resultados rompe la solidaridad del grupo laboral e induce un uso perverso de la competitividad.

Bajo la lógica de la evaluación basada en la cifra, el empleado que no cumple objetivos, o no se adapta inmediatamente a los cambios tecnológicos, pasa fácilmente a considerarse a sí mismo defectuoso y caduco. Entonces aparece la depresión y el riesgo suicida porque los deshechos se tiran. El suicidio puede ser, entonces, la respuesta silenciosa e individual del sujeto una vez que la solidaridad entre los trabajadores, que permitía amparar al que en un momento cojeaba, ha saltado en pedazos. Así el culto a lo nuevo, a la optimización, puede ser la cara actual de la pulsión de muerte, ya que en la civilización actual no se perdona, ni siquiera por un instante, no estar actualizado. Esto explicaría la ola de suicidios en France Télécom (una empresa dedicada precisamente a las nuevas tecnologías) o la suplantación en Japón del Sepuku (más conocido en nuestro contexto como harakiri), el suicidio por honor, por el Kavóshi, término que nombra la muerte por paro cardíaco en el trabajo. Podría parecer que estos problemas nos quedan lejos y afectan a trabajadores de otros países. Nada más lejos de la realidad. Pregúntenle, por ejemplo, a cualquier director de una sucursal bancaria gallega por los objetivos que le exigen, o interroguen a cualquier empleado de una empresa teleoperadora.

La cultura de la ingeniería laboral de los denominados *recursos humanos* puede tener consecuencias psicopatológicas graves, en ocasiones mortales. Frente a esta realidad, el discurso de los gestores pretende reducir el estrés a un trastorno conductual o a una debilidad biológica. Su remedio, entonces, pasaría por la medicación, las técnicas de relajación, o el *coaching*. Se promueve así la solución individual que escamotea la dimensión colectiva de respuesta y el movimiento social. El secretario general de Comisiones Obreras, el ferrolano Ignacio Fernández Toxo, advirtió ya en el año 2010 sobre el riesgo de que las medidas puestas en marcha por la reforma laboral supongan la ruptura de la negociación colectiva, que se vería sustituida por la individualización de la relación laboral.

A pesar de la situación angustiosa de millones de parados, de los recortes de salarios y pensiones, y de la pérdida de derechos laborales que parecían consolidados, los sindicatos mayoritarios nos dicen que no se dan las condiciones para convocar con éxito una huelga general. Tal vez porque, en la época del individualismo, lo general no suscita entusiasmo y una huelga solo la pueden hacer los que trabajan. Tal vez porque, efectivamente, las relaciones laborales se individualizan y el trabajo pasa a ser un oscuro objeto de chantaje. Tal vez porque los sindicatos no han adaptado su discurso y actuación a las nuevas modalidades de sufrimiento en el trabajo. La resignación ante los recortes, el desempleo y la pérdida de derechos laborales, resulta muy llamativa a los analistas. Tal vez esta resignación se entienda mejor si pensamos que en nuestra sociedad se ha instalado, de modo insidioso, un sentimiento de culpabili-

dad colectiva basado en el discurso de que todos somos responsables de la crisis, por haber querido vivir por encima de nuestras posibilidades.

Mientras tanto, asistimos a la emergencia de un nuevo amo, un amo absoluto pero ilocalizable: los mercados. Los gobiernos deben someterse a los dictados de este amo que nadie elige, lo que da lugar a una nueva forma de autoritarismo, basado en que las exigencias de los mercados pasan a ser incuestionables. Frente a sus mandatos, solo queda asentir o ser tildado de estúpido e irresponsable. Y esto a pesar de que todos sabemos que la voracidad financiera provocó la crisis global. A pesar de que el capitalismo actual se ha convertido en el principal activista antisistema. El socialismo real dio lugar, en su día, a la propuesta de un socialismo de rostro humano, veremos si el capitalismo actual logra transformarse en un “capitalismo de rostro humano”.

Mientras tanto, en la sociedad en la que el éxito es el principal valor y la ausencia de satisfacción es imperdonable, los que sufren se sienten culpables por sufrir. Por eso la depresión se ha convertido en una epidemia social. Estamos muy lejos (aunque cronológicamente no tanto) de la época en la que el mundo se concebía como un valle de lágrimas al que se venía a sufrir. La civilización actual empuja al sujeto hacia el deber de ser feliz. La felicidad ha pasado de ser una posibilidad, normalmente momentánea, a ser una obligación. Por otra parte, la promesa de felicidad se hace depender del consumo. La administración que hace el capitalismo pulsional del empuje al consumo lleva a la bulimia y a la insatisfacción generalizada por la rápida caducidad de los objetos de consumo. La respuesta del capitalismo es la novedad. La novedad misma como objeto de goce: consumimos novedad. El tratamiento de la insatisfacción estructural del ser humano por medio de los objetos de consumo nos ha convertido en una sociedad globalmente adictiva que provoca la decepción permanente en los sujetos. Es la sociedad de la depresión generalizada, en la época en la que supuestamente contamos con fármacos eficaces para combatir la depresión.

La OMS prevé que en el año 2020 la depresión será la segunda causa de invalidez en el mundo. La depresión supone unos costes enormes en gastos sanitarios y sociales (especialmente en el capítulo de los subsidios por incapacidad laboral). La primera gran respuesta a esta epidemia ha sido la medicalización generalizada. Esta alternativa se proponía por su eficacia, supuestamente basada en tratamientos farmacológicos cortos y baratos. Pero el consumo de antidepresivos se ha multiplicado por siete en las dos últimas décadas y muchos pacientes se han cronificado en este tipo de tratamiento postulado como corto y eficaz.

El gasto farmacéutico del Sergas se concentra actualmente en cuatro grandes grupos de medicamentos. Las estatinas -indicadas para reducir el nivel de colesterol- son el grupo que implica un mayor coste al erario. Entre los cuatro grupos de fármacos que suponen mayor gasto están también los antihipertensivos. Aunque hay muchas situaciones en las que los médicos juzgan necesario un tratamiento incluso agresivo con estatinas o antihipertensivos, desde una perspectiva epidemiológica se han ido

bajando las cifras límite de tensión arterial y de colesterol a partir de las cuales se aconseja un tratamiento farmacológico, generalmente de por vida. Algunos piensan, entre ellos destacados profesionales del ámbito sanitario, que detrás de estos cambios de criterio no solo están en juego intereses de salud pública. Se sabe que determinados hábitos de vida son perjudiciales y en muchas personas sus cifras tensionales o de colesterol pueden considerarse meros marcadores de tales hábitos.

Los otros dos grupos de medicamentos en los que se acumula mayor gasto son los antiinflamatorios y analgésicos, y los antidepresivos. Los datos publicados recientemente en la revista *Atención Primaria* resultan impactantes: en España, el 24% de las mujeres toma antidepresivos y más del 30% ansiolíticos. Galicia, con 1,01 unidades de antidepresivos por persona y 1,50 de tranquilizantes, supera la media nacional y es la segunda comunidad autónoma con mayor consumo, solo superada por Asturias. En los últimos tres años el consumo de estos psicofármacos ha aumentado un 10%. Los ansiolíticos son los fármacos más recetados en Galicia. ¿Perciben ustedes que el mayor gasto farmacéutico se destina a medicamentos para tratar problemas que tienen mucho que ver con el estilo de vida que conlleva la sociedad de consumo, y con el tratamiento farmacológico de las dificultades existenciales?

El nivel de renta no influye en la felicidad (según un índice medido por cuestionarios). En realidad este índice de felicidad es indiferente a todo y no ha variado en los últimos 50 años. Es un índice que no reacciona al aumento del nivel de renta, ni al aumento del tiempo libre, ni al aumento de la protección social, ni a la modificación del papel de los sexos, ni a la invención de los psicofármacos. Lo que sí se detecta es que la gente sostiene el ideal de felicidad en tener lo mismo que el otro. Este transactivismo imaginario lleva a la adicción generalizada y a la depresión generalizada. La civilización actual está caracterizada por los fenómenos de globalización y, como ha destacado J.-A. Miller, “lo que los sociólogos advierten es que la globalización se acompaña de individuación. Lo que está afectado es la forma de vivir juntos, el vínculo social, que existe en forma de sujetos desarrumados, dispersos, y que al mismo tiempo induce en cada uno un deber social y una exigencia subjetiva de invención”¹. La globalización implica que “es la misma noción de lugar la que se sustrae, en lo que de una forma amable se llama la pérdida de puntos de referencia”². Lo que queda alterado es el modo de vivir juntos, el vínculo social. Curiosamente, la globalización hace estar a todos un poco en lo mismo, pero a la vez promueve efectos de individualismo feroz; ésta es la paradoja de la globalización, que podría definirse como “Todos en lo mismo y cada uno en lo suyo”. De hecho, la globalización lleva a fenómenos de aislamiento absoluto de muchos sujetos. Pensemos, por ejemplo, en el fenómeno *hikikomori* en Japón al que me he referido antes.

¹ J.-A. Miller, “Intuiciones Milanesas II”, *Cuadernos de Psicoanálisis*, 29, p. 40.

² J.-A. Miller, “Intuiciones Milanesas I”, *Cuadernos de Psicoanálisis*, 29, p. 27.

Pero este efecto de individuación extrema trae aparejado otro efecto más, y es que los sujetos actualmente tienen un margen enorme para inventarse su propia vida, es decir, la civilización actual obliga a los sujetos a inventarse su propia vida. Las posibilidades son inmensas, se pueden hacer muchas más cosas, de modos muy diferentes, a hace muy pocos años. Entonces, ¿qué ocurre cuando uno puede hacer cualquier cosa? Eso angustia, porque abre a lo ilimitado, a lo no regulado, y angustia mucho más a los sujetos menos preparados para los cambios, menos metonímicos, más metafóricos, es decir, los sujetos más metafóricos necesitan amarrar un sentido a su vida, necesitan que esté amparada en criterios de tradición y constancia (a pesar de lo que opine el presidente italiano Monti, quien recientemente les ha recomendado a los jóvenes que se olviden de un empleo para toda la vida y en su ciudad). Los sujetos más metafóricos y menos metonímicos, frente a la exigencia subjetiva de invención, frente al empuje al "Inventate tu propia vida", se ven abocados a la angustia. Son sujetos que ya no tienen el amparo de los discursos preestablecidos.

En este contexto, las formas actuales de la angustia aparecen sobre todo bajo la forma del pasaje al acto para huir de la angustia. Lacan, cuando habla de los tiempos lógicos de la subjetividad humana, distingue tres tiempos: el instante de ver, el tiempo de comprender y el momento de concluir. ¿Qué ocurre en la actualidad? Ocurre que el tiempo de comprender se achica, es decir, que una de las consecuencias del declive de lo simbólico es que el tiempo de comprender se reduce o se elimina, y entonces el sujeto sale del instante de ver, y de la posible angustia que eso genera, cortocircuitando el tiempo de comprender, y pasando al acto, para liberarse de la angustia. Por eso las patologías del acto son cada vez más frecuentes en la clínica, en detrimento de las patologías neuróticas, porque es por el pasaje al acto que el sujeto intenta liberarse de la angustia.

Esto no quiere decir que observemos la aparición de una nueva clínica en el sentido de que se trate de nuevos síntomas; la clínica de la impulsividad, de los pasajes al acto, de las adicciones, etc., existió siempre, lo que ocurre es que se generaliza, es decir, no son nuevos síntomas, es la generalización de ese tipo de clínica en detrimento de la clínica neurótica, que era una clínica del conflicto íntimo entre las pulsiones y los ideales.

También observamos un cambio de la relación al tiempo en la subjetividad. Antes aparecía la angustia más ligada a fenómenos como la soledad, ahora se nos dice que el que está solo es porque quiere, porque el sujeto puede ir sustituyendo *partenaires* sucesivos vía Internet; el ciber amor, el ciber sexo, es una práctica en vías de generalizarse de modo absoluto. Los síntomas propios de la época son, entonces, síntomas que cortocircuitan el lenguaje, la represión, y por tanto, son síntomas de ruptura con el Otro, no son síntomas de compromiso. No son el síntoma neurótico entre la pulsión y la defensa, son síntomas de ruptura; por eso la anorexia, la toxicomanía, la hiperactividad, las patologías del acto, son síntomas que tienen en común todos ellos que no llaman al Otro, ni a la interpretación. El estilo de la época es maniaco. En la época de Freud,

época victoriana, el estilo de la época era neurótico, si el sujeto albergaba un deseo juzgado reprobable, la represión actuaba, en todo caso el sujeto soñaba con eso, hacía un síntoma, o bien el goce buscaba sus vías de realización más o menos clandestinas.

Ahora todo es cambiante. Por eso, el momento actual es un tiempo de máxima inestabilidad. Esta inestabilidad es evidente en las relaciones personales, la poca vida de las parejas, las rápidas desestructuraciones familiares, el mercado laboral incierto, etc. Frente a esto los sujetos actuales necesitarían ser tan flexibles como el momento, y no todos lo son. Es por esto que el extravío y la angustia se generalizan. La tradición ya no organiza la vida y los goces. Porque la tradición siempre fue eso: un modo de organización, a través de lo simbólico, de lo real del goce. Estas regulaciones, la tradición, no existe más en cierto sentido, por eso lo pulsional aparece cada vez más al desnudo y de un modo no regulado.

Como pronosticó ya en 1967 el psicoanalista Jacques Lacan, “Nuestro porvenir de mercados comunes será balanceado por la extensión cada vez más dura de los procesos de segregación”³. Asistiremos, así, también a una intensificación de los fenómenos de racismo. Al rechazo de que el otro sea diferente, de que goce de modo diferente, de que el otro no sea uno, que es el fundamento de todo racismo, se une siempre el sentimiento de que el otro goza a mi costa y de que me arrebatara, me sustrae, algo (mi trabajo por ejemplo).

Soy consciente de que el discurso desarrollado hasta aquí puede parecer pesimista y nostálgico. No es esa mi posición. No soy un nostálgico de un pasado en que parecía que los valores eran consistentes y las personas compartían nobles ideales. No pienso que el pasado fue mejor. Sin ir más lejos, el siglo XX probablemente ha sido el escenario de los peores totalitarismos y de las guerras más sangrientas. Ha sido el siglo de los campos de exterminio. Esa experiencia que llevó a Theodor Adorno a escribir, en 1944, “Después de lo que pasó en el campo de Auschwitz hay que ser un bárbaro para escribir un poema”. Si, parecía imposible pensar después de Auschwitz.

Posteriormente, Francis Fukuyama pronosticó el fin de la historia y, poco después, llegó el 11-S. Jacques Lacan decía que es “Mejor que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época”⁴. Desde esta perspectiva, habría que responder a Francis Fukuyama que el fin de la historia, si existiera, sería el comienzo de otra cosa. Personalmente, pienso que la crisis debe ser una oportunidad para que el cuerpo social, enfermo de hedonismo, instaure una nueva ética. Una ética de la responsabilidad, que no desconozca el límite. Ese límite que pone freno a la pulsión de muerte.

³ J. Lacan, “Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela”, en *Momentos cruciales de la experiencia analítica*. Buenos Aires, Ediciones Manantial, 1987, p. 22.

⁴ J. Lacan, “Función y campo de la palabra y del lenguaje en Psicoanálisis”, en *Escritos I. Siglo XXI editores*, México, 1984, p. 309.

Entrevista previa, publicada en La Voz de Galicia el día de la conferencia

MANUEL FERNÁNDEZ BLANCO PSICOANALISTA

«El capitalismo nos ha llevado a un individualismo extremo»

El experto hablará hoy en Ferrol sobre los efectos psicológicos de un modelo basado en el consumo como fuente de felicidad

BEATRIZ ANTÓN
FERROL / LA VOZ

Manuel Fernández Blanco (A Coruña, 1959), psicoanalista, psicólogo clínico y adjunto del servicio de Psiquiatría del Chuac (Complejo Hospitalario Universitario de A Coruña) estará esta tarde en Ferrol para participar en el ciclo de la Cátedra Jorge Juan. A partir de las 19.30 horas, en el centro cultural de Herrerías, hablará sobre los efectos psicológicos del capitalismo «actual».

—¿Por qué ese matiz? ¿Ha cambiado el modelo capitalista?

—Es que, precisamente, yo parto de la idea de que el capitalismo ha mutado. Hemos pasado de un modelo en el que lo importante era la producción —y por lo tanto, el extraer la mayor plusvalía posible de cada trabajador— a un capitalismo de consumo, en el que el trabajador tiene que tener ingresos suficientes para adquirir bienes materiales, basando su felicidad en el tener.

—Y con la que está cayendo, ¿no cree que ese modelo puede estar en crisis?

—Parece que no, porque, paradójicamente, la receta que se nos está ofreciendo para salir de es-



Fernández es colaborador de La Voz y de V Televisión. CÉSAR QUIÁN

ta crisis provocada por ese capitalismo salvaje es seguir por el mismo camino, es decir, incentivando el consumo.

—¿Cómo ha afectado ese nuevo capitalismo a la sociedad?

—Nos ha llevado a un individualismo extremo, a la insolidaridad social, a la búsqueda de la felicidad inmediata, a un sociedad adictiva y pulsional. Estamos en una época en la que la solidaridad entre trabajadores se cuarteja, se rompe, porque el individualismo ha llegado también a

la acción sindical. Además, parece que hay un cierto conformismo con la situación, que se debe, creo yo, a un sentimiento colectivo de culpabilidad.

—Es un panorama desalentador. ¿Qué cree que nos depara el futuro?

—Eso es algo difícil de predecir. Tal vez lo que nos deberíamos preguntar es si vamos a optar por buscar un camino alternativo o sí, por el contrario, vamos a agarrarnos al recurso del ‘sálvese quien pueda’.

Recortes de Prensa

ACTIVIDAD ACADÉMICA

Fernández Blanco, en la Cátedra Jorge Juan

Manuel Fernández Blanco, sicólogo clínico y psicoanalista, además de adjunto del Servicio de Siquiatría del Chuac, habló ayer en la Cátedra Jorge Juan sobre «Los efectos psicológicos del discurso del capitalismo», en un acto de carácter académico que

reunió a una amplia representación tanto del mundo universitario como de la Armada. La conferencia tuvo por escenario el salón de actos del Centro Herrerías, en las instalaciones de la Armada en el Cantón de Molins. FOTO ÁNGEL MANSO



Un momento de la conferencia en Herrerías

L.P.

Manuel Fernández Blanco habló de los efectos del capitalismo en la Cátedra Jorge Juan

■ El psicoanalista coruñés Manuel Fernández Blanco protagonizó ayer una nueva conferencia del ciclo organizado en Herrerías por la Cátedra Jorge Juan, el Arsenal y la Universidad. Fernández disertó sobre «Los efectos psicológicos del discurso del capitalismo», centrado en el individualismo y la pérdida de solidaridad social.